

La resonancia de los cuerpos ausentes. Memorias y disidencias.

Por: Raissa Pomposo

Uno de los fenómenos más evocados por las artes del cuerpo es la presencia. El cuerpo presente en el “aquí y ahora”, en un estado tan abierto y atento que nos permita no ser indiferentes a nuestro entorno y que, aún si responde también a las entrañas y al instinto, pone toda su materialidad en el espacio-tiempo, expandiendo los sentidos para hacer explotar los milagros de lo inimaginable, la crudeza de lo concreto, la carne de la utopía, la carne, la carne.

La presencia resulta ser acontecimiento histórico en la conjugación de lo ancestral con la voluntad y el deseo, pues se atisban aquellas corporeidades que han sido antes y que se manifiestan en el gesto, los lunares, las enfermedades, ciertos hábitos, el color de pelo, la textura de la piel, la forma de los ojos... Pero con miradas únicas, con tactos únicos, con experiencias únicas que se proyectan para seguir resonando en otras existencias.

Cuando la presencia acontece, se come al mundo: el ser-cuerpo se retuerce para poder alcanzar un fruto o la comprensión de un duelo; la garganta se cierra con la inmensidad del mar, la mirada de algún ser o la barbarie misma, el infinito en el placer o lo absoluto del dolor agudo; toda una vida compleja habita la posibilidad de ser *alter*, *persona-je*, *máscara*, no ajeno, sino un nos-otros (nuestras otredades). El cuerpo presente, aquella categoría de la que incluso el cadáver participa, interpela e invoca a la otredad, a su mirada: el *tú* no pasa por alto. Así, cada interacción en la experiencia viva resulta ser una entrega al movimiento impredecible y a las infinitas posibilidades que tiene un solo ser para compartir-se en un vaivén constante, un intercambio generador de memoria.

Las plantas, las piedras, las montañas, los mares, los huesos, las alas, las pieles, las articulaciones, los hogares, los muros (los muros, los muros), se agrietan, transforman y mutan a través de la cicatriz, de aquel signo de vida interactiva con el afuera, para hacerse visible ante la superficie de otra mano, ser leída, transmitida y nombrada, y resaltar el misterio que abraza hasta lo más mínimo, incluso cuando

está ausente. De esta manera, los seres marcan su paso por la materialidad, dejan el tufo, el rasguño, la voz, la danza, las danzas, sus danzas. Si no hay memoria, no hay presencia de la marca, no hay cuerpo que siga haciendo eco en las células del cosmos. La memoria va más allá del almacenamiento de información, rebasa la idea de archivo que hemos heredado como única posibilidad de hacer historia oficial y verídica, desde los orígenes de la escritura y exacerbada en la Ilustración como prueba del reino de lo racional. El archivar remite a todos aquellos datos relevantes de la experiencia que decidimos o deciden guardar ordenadamente en un lugar preciso, el territorio de la evidencia, aquel sitio que resguarda lo importante y que, sobre todo, hace constar que el hecho existió, que fue escrito y que puede ser estudiado. El archivo permite tener la sensación de la estadía del tiempo, es nuestra forma de mantener presente lo que pudo expirar orgánicamente. Encapsular al cuerpo para evitar que desaparezca, es decir, archivar requiere asir y poseer la materia para ser referencia, o al menos la escritura del caso, la numerología, esa marca que cifra el acontecimiento. Sin embargo, no basta aún para ejercer la memoria, pues esta implica el acto de entretelar la experiencia que se ha signado y que nos involucra por entero en la decisión de cómo desplazamos cada puntada, en dónde insertamos la aguja y hacia dónde va la siguiente, con qué recursos elaboramos el gran tejido de realidad y con quién lo compartimos.

Ejercer la memoria es una decisión de marcar huella, no es reproducción automática, sino la voluntad de nombrar para comprometernos en la lectura de lo dicho. Así, la ética de la memoria busca dignificar los territorios andados, hacerlos presentes en relieve más allá de una historia oficial, abriendo la posibilidad de generar narrativas de sentido en nuestras vidas.

Atravesar el tiempo para irrumpir en los tejidos,
intervenirlos con rebeldía y veracidad,
escudriñando en los órganos de cada fenómeno corporal,
hasta hacer presente lo imposible...

Cuando danzamos, cuando los cuerpos se dan al éxtasis, pareciera que se manifiesta un mapa entero de la memoria sensorial, la memoria ancestral, muscular y propioceptiva; la memoria de nuestros tránsitos y decisiones vitales, de nuestros amores y caídas, de los abrazos no dados y los que se incrustaron en la piel; y también la memoria de las ausencias, de aquellas existencias que sostuvieron la resonancia de su vida para reverberar en la nuestra.

Danzamos y súbitamente cae el cabello, restos de piel, pellejos de los pies o la tierra que el zapato pisó kilómetros atrás. La madera se quiebra, la ampolla se infla. Escupimos, soplamos, chiflamos, gritamos, mojamos. Dejamos ahí nuestros restos, dejamos ahí una parte de nuestro potencial cadáver y de nuestra historia. Asumimos la finitud para arraigarnos a lo que en un momento nos hace eternos, por ello la acción performática permite acercarse a lo más continuo del fenómeno vital: la incertidumbre, el cambio y el azar, es decir, el propio orden de los sistemas flexibles, tal como las corporeidades han manifestado ser a lo largo de nuestra historia: viscosidades caóticas, aun sabiéndonos organismos y siguiendo patrones de comportamiento y movimiento, aun así, habrá al menos un factor que haga que todo cambie. Así, el ya no ser cuerpo presente, el estar ausentes, forma parte de lo que las artes vivas integran como batalla propia, es decir, manifestamos la carne como prueba de la presencia, pero también como una forma de no ser indiferentes a lo que aparentemente ya no está.

¿Cómo hacemos presentes a nuestras ausencias?

¿Las ausencias se caracterizan por no participar de lo corpóreo?

¿En qué consiste una ausencia?

Cuerpo ausente: ¿Lo que ya no suena, lo que ya no se ve, lo que ya no cruje ni rompe, lo que ya no sonrío ni consta...

Lo que ya no, pero alguna vez sí?

Las artes del cuerpo hacen intrínseco su valor político al compartir el desnudo de nuestra complejidad humana y las formas que hemos tenido hasta ahora de relacionarnos con el mundo, con los virus y bacterias, con las plantas, los animales,

los artificios y diversidades, etc. Las artes del cuerpo cuestionan, plantean la presencia absoluta sin temor al plagio, pues la carne participa de la colectividad, pero es única en cada ser. Y sí, también nos confronta con la barbarie. Hacer visible el contexto de violencia hacia los cuerpos es también una forma de reclamar el lugar-territorio corporal como espacio de la memoria, y no de mero archivo tipificado como una cifra más; es abrirnos a ser atravesados por el escalofrío de la incertidumbre y el abismo del odio.

Sabemos que en México, las artes del cuerpo han resistido históricamente al estigma de la precariedad, de la falta de derechos laborales y de la generación de guetos que frenan la visibilidad de propuestas disidentes; han tenido un largo camino los colectivos de la escena independiente, en los cuales la acción política ha sido constante, ocupando plazas públicas, espacios alternativos, generando colectas para solventar gastos médicos, haciendo labor de gestión, montaje, difusión, creación y hasta interpretación al mismo tiempo, etc. Poco a poco se percibe una mayor consciencia y confianza en la construcción de un humanismo integral por parte de las artes del cuerpo en México, y precisamente la existencia de festivales y encuentros, desde las instituciones autónomas y desde las secretarías, permiten, o al menor así se desea, que la pluralidad de propuestas tengan voz y lugar por igual. Para ello, es necesaria una posición política del cuerpo, un llamado urgente a la presencia crítica de nuestro quehacer performático como lectura de los cuerpos sociales, y una posibilidad para hacer de las danzas, performance y disidencias, un espacio de defensa de los derechos humanos y de las pedagogías para la paz, ejerciendo el entretejido de la memoria.

La dinámica sostenida entre los grupos delictivos, el narcotráfico, la pobreza y la persecución política en nuestro país, expone cada vez más el lugar de las expresiones corporales desde la necesidad de pasar por la empatía, el cuidado y también la denuncia. Los espacios para celebrar a la danza pasan desde se desde el deseo de mantener viva las tradiciones de los pueblos que nos constituyen, la generación de espacios lúdicos, hasta la reunión de diversas propuestas para reunir narrativas corporales. En el caso particular de Jalisco, se abriga al Festival Internacional de Danza Contemporánea, el cual ahora está abierto a cuestionarse

por la categoría de “lo contemporáneo” y de aquello a lo que llamamos “danza”, sin dar por hecho que hay un gremio cerrado, que “lo contemporáneo” alude sólo ciertas técnicas consolidadas institucionalmente, ni que un festival refiere únicamente a la celebración ingenua.

Nombres:

Jalisco, desde el 2020 oscila entre los cinco primeros lugares en feminicidios a nivel nacional junto al Estado de México, Veracruz y Michoacán¹.

Vemos 245 casos reportados en 2021, teniendo ya protestas constantes a la inconsistencia e impunidad reinante².

Así mismo, Jalisco está entre los 6 estados que concentraron el 50.1% de los homicidios dolosos del año 2021, entre Baja California, Michoacán, Chihuahua y Estado de México³.

Cifras. ¿Cómo entretretemos con ellas?

¿Cómo trazar las memorias de los cuerpos desaparecidos, ultrajados y silenciados?

¿Cómo generamos memoria colectiva para la paz?

¿Qué se almacena y en dónde?

¿A quién se transmite y cuándo?

¿Cómo se bordan los cuerpos?

¹ Cfr. <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/01/03/estados/record-de-asesinatos-de-mujeres-en-jalisco-245/>

² Véase el estado actual de los casos reportados, teniendo mirada crítica, pues no se cuentan homicidios dolosos y puede haber muchos más feminicidios no reportados aún: <https://mide.jalisco.gob.mx/mide/panelCiudadano/detalleIndicador/1671> . De igual manera, se puede encontrar aquí una revisión más global de lo que va del año en Jalisco, sin embargo, tómesese en cuenta que el aborto es considerado un delito en el estado, aún no se ha logrado despenalizar, https://iieg.gob.mx/ns/?page_id=25237

³ Cfr. <https://www.infobae.com/america/mexico/2022/01/21/la-lista-negra-de-los-estados-y-municipios-donde-se-registran-mas-homicidios/>

¿Quiénes son esos cuerpos?
¿Cómo no desprender su carne de la danza?

Es de suma importancia que haya una diversidad en las propuestas invitadas, evitando así la reproducción de círculos cerrado a una idea fija de “danza contemporánea” y una visión de la danza desde lo intocable del recinto, pues es fundamental hacer un esfuerzo por generar un público de danza desde la gestión que escucha y es consciente de que el cuerpo danzante es generador de conocimiento del mundo.

David Negro Guerrero, escribió un “artículo crítico” el 3 de julio del 2002, que resulta alarmante por la poca profundidad reflexiva y por las expresiones misóginas, gordofóbicas que contiene, lo cual implica reproducir una visión violenta de la danza. Por ello, habrá que seguir alimentando los espacios de discusión y deconstrucción del cuerpo danzante que ya se han propuesto en ediciones anteriores de FID Jalisco para procurar una potencialización del FID Jalisco desde las pedagogías conscientes.

Propongo entonces, dedicar esta edición a la memoria de los cuerpos ausentes y al valor de la presencia tácita de las disidencias en ese ejercicio vital, teniendo como hilo conductor el llamado a la dignificación de los cuerpos danzantes, de las performatividades y pedagogías para la paz, así como una postura abiertamente en contra a la violencia sostenida en el país. Memoria para la paz, memoria para la acción consciente, memoria para la escucha y el cuerpo rebelde. Abramos espacios críticos y de investigación corporal propioceptiva y colectiva dando continuidad a las charlas, laboratorios y seminarios que se han procurado ya, incluyendo al performance, la videodanza y la instalación como formas de habitar nuestro espacio-tiempo en presente sensible como expresión del cuerpo en todo espacio: escuelas, plazas públicas, municipios, etc.

La convocatoria estará recibiendo a colectivas independientes con una propuesta sobre la memoria de los cuerpxs, desde los feminismos, comunidades queer y trans, no binaries, disidencias y artivismos. En sintonía con esto, buscamos

mantener una visión abierta y diversa de las corporeidades participantes, sin estereotipos.

Que la danza no sea un espacio para la exclusión, el estigma, la violencia, el acoso y persecución. Que no sea nido de barbarie. Que sea presencia, memoria, acción transformadora y lugar donde la diversidad sea *poiesis erótica*, impulso creativo, vital y amoroso.

D.R. © 2022 Raissa Pomposo

D.R. © Secretaría de Cultura
Gobierno del Estado de Jalisco
Zaragoza 224, Colonia Centro
CP 4410. Guadalajara, Jalisco, México

Este texto fue escrito por Raissa Pomposo por encargo para el XXV Festival Internacional de Danza Jalisco y los derechos patrimoniales le pertenecen a la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco.